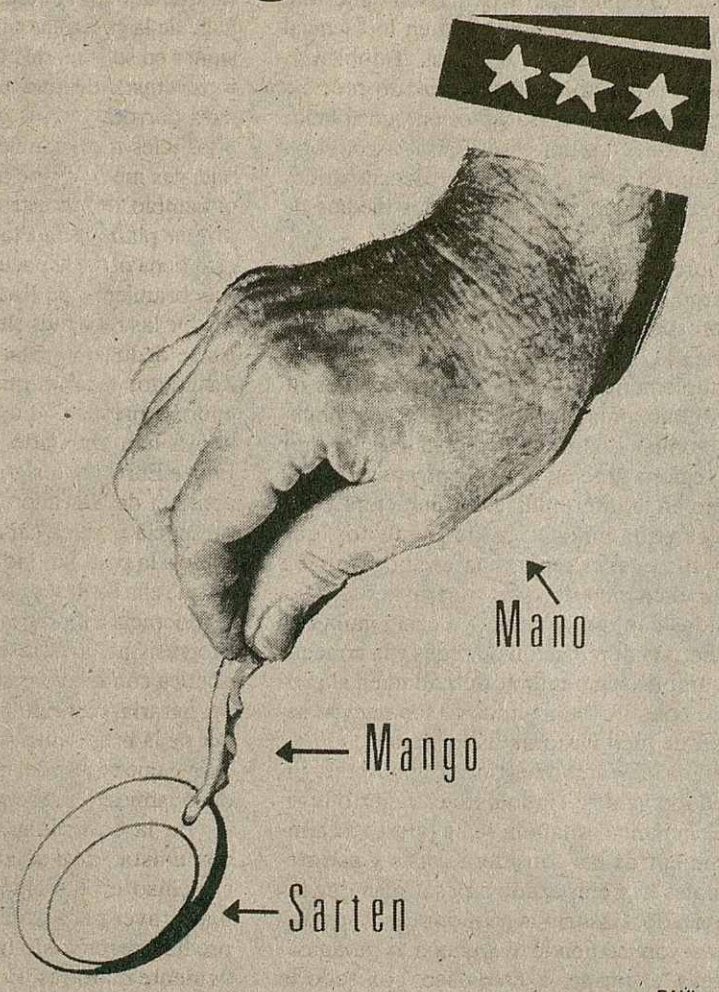
JORDI SOLÉ TURA

La lección argentina



RAÚL

La visita del presidente Alfonsín a nuestro país después de las dramáticas jornadas vividas por el pueblo argentino con la rebelión de Aldo Rico y sus secuaces puede y debe ser una ocasión para expresar nuestra solidaridad democrática al presidente y, a través de él, a toda Argentina. Pero la solidaridad es una gran palabra que a veces puede convertirse en mero gesto protocolario para eludir el examen de los problemas de fondo. Para empezar, entiendo que sería una ligereza creer que la rendición del teniente coronel Aldo Rico ha significado el triunfo definitivo del poder civil sobre el militar y que a partir de ahora la democracia argentina se puede considerar consolidada. Más bien cabe pensar que si las fuerzas armadas han actuado ahora para sofocar la rebelión, al contrario de lo que hicieron en la rebelión anterior del propio Aldo Rico, durante la Semana Santa del año pasado, es porque la mayoría de sus integrantes sabe que con lo que entonces consiguió puede imponer ahora lo que quiera, siempre que mantenga su unidad y su jerarquía internas y no protagonice más desórdenes como los de los sublevados de estos días, que la desprestigia ante la opinión interna e internacional. La aprobación el año pasado de la llamada *ley de punto final* fue un paso decisivo en este proceso, no tanto por la ley en sí como por la forma en que se consiguió imponer, es decir, mediante la sublevación. A partir de entonces resultó evidente que nada se podría hacer contra la voluntad de las fuerzas armadas, siempre que en éstas funcionase la unidad de mando. Por eso no han tolerado ahora una rebelión que resquebrajaba esta unidad.

Creo que éste es un dato esencial para valorar los resultados de la experiencia democrática argentina y para situar debidamente el alcance histórico y las posibilidades futuras del alfonsinismo. Mi opinión personal es que el presidente Alfonsín intentó resolver dos problemas enormes y decisivos, como son el problema militar y el económico, y que emprendió la tarea con lucidez, con honestidad y con gran valentía, pero no contó con la fuerza ni los medios suficientes para conseguir la victoria. Sus adversarios le achacan muchas vacilaciones y muchos errores coyunturales. Pero uno se pregunta si ésta es la verdadera razón de lo ocurrido y si la raíz de la actual debilidad del poder civil no hay que buscarla en otro terreno y en otro momento.

Para decirlo de una manera un poco brutal, creo que lo que ha ocurrido en Argentina —al igual que en Uruguay, Brasil, Filipinas o Corea del Sur, y lo que va a ocurrir seguramente en Chile— demuestra que después de una dictadura militar la transición a la democracia no se resuelve sólo con unas elecciones que reinstauren las libertades y la alternancia de partidos políticos, ni menos todavía con una simple vuelta a la situación anterior a la dictadura. En régimen de dictadura, el poder militar se apoya en la fuerza, pero no sólo se basa en ella, sino que produce cambios sociales y genera consensos más o menos sólidos en diversos sectores, sobre todo si ha habido terrorismo por medio. Por ello, el problema principal no radica únicamente en hacer funcionar las instituciones democráticas formales, sino en conseguir que el poder civil tenga la fuerza suficiente para predominar efectivamente sobre el poder militar.

El lector me permitirá que recurra a una anécdota personal para ilustrar lo que quiero decir. En la primavera de 1983, ya en la fase final del régimen militar argentino, formé parte de un grupo de políticos españoles, encabezado por el teniente general Gutiérrez Mellado —ex ministros, diputados o ex diputados—, que visitó Argentina para explicar nuestra experiencia de transición a la democracia. Casi al final de la visita, y en uno de los actos multitudinarios que se celebraron en Buenos Aires, un señor del público pidió a los miembros de la mesa que concretásemos en una sola frase nuestro mensaje personal al pueblo argentino ante la difícil transición que ellos iban a iniciar. Es una de aquellas situaciones que te ponen en un compromiso, porque lo primero que se te ocurre es alguna trivialidad del tipo de "¡Ánimo y adelante!" o "¡Espero que tengan éxito!". Pero lo que me salió cuando me tocó el turno fue: "Busquen ustedes un rey", frase que como es lógico provocó un cierto estupor.

Naturalmente, yo no estaba proponiendo a los amigos argentinos que instaurasen una monarquía o que buscasen algún aspirante a monarca en paro para ponerlo al frente del país. Lo que quería decirles era que necesitaban imperiosamente un elemento de estabilidad que les permitiese neutralizar a las fuerzas armadas y que fuese un punto de referencia común para todos los sectores políticos comprometidos con la democracia, por encima de sus lógicas diferencias.

Si alguna conclusión general se puede sacar de las diversas experiencias de transición a la democracia, empezando por la nuestra, es que la transición sólo puede tener éxito si coinciden tres factores esenciales: un elemento de sólida estabilidad, una gran capacidad de consenso de las fuerzas políticas principales y una activa movilización de la población a favor de la democracia. Pero cada uno de estos factores tiene un carácter diferente según el país. Y lo que quería decir a los asistentes al acto de Buenos Aires con mi frase provocadora era precisamente esto: que buscasen su propio factor de estabilidad como elemento esencial de la transición.

En el caso argentino, el principal elemento de estabilidad fue inicialmente el propio presidente Alfonsín, pero no pudo seguir siéndolo eficazmente porque todo contribuyó a aislarlo y debilitarlo y porque tuvo que ser a la vez protagonista y árbitro, motor y movido. Todos parecían partir de la base de que la democracia ya estaba consolidada porque se habían celebrado elecciones, se habían reconocido las libertades y los partidos y los sindicatos actuaban libremente. El presidente no era la expresión de un poder civil débil que luchaba por consolidarse, sino el líder de un grupo que los demás querían precisamente derrotar. El presidente Alfonsín se ha quedado literalmente en minoría después de las últimas elecciones, y desde este punto de vista es cierto que se ha abierto paso la alternancia democrática y es posible que otro partido, el justicialista, gane las próximas elecciones presidenciales. Pero el problema es que no sólo ha sido derrotado el presidente Alfonsín, sino que el poder civil no ha conseguido imponerse al militar, que la inflación se ha vuelto a disparar y que el sistema democrático se ha debilitado.

No pretendo decir con esto que en una transición de la dictadura a la democracia los partidos, los sindicatos y las organizaciones sociales deben supeditar siempre los intereses que representan a la necesidad de consenso. Quiero decir únicamente que no es posible afrontar con éxito la transición y definir un marco democrático estable que haga posible el libre juego de partidos, sindicatos y organizaciones si no se consigue contraponer al *frente militar* de la dictadura un auténtico *frente civil* y si este frente civil no es capaz de ganar la partida y estabilizar un sistema democrático a salvo de golpes y de intentonas reaccionarias.

Algo de esto se ha intentado en Argentina, pero tarde y mal, cuando los dados ya estaban echados. Pero quizá se está todavía a tiempo de volverlo a intentar. En todo caso, tanto si los radicales consiguen volver a ganar las próximas elecciones presidenciales —cosa que parece más bien improbable— como si las ganan los peronistas, no se ve cómo van a poder gobernar unos u otros si desde ahora no se ponen de acuerdo para atajar el deterioro del sistema democrático, poner remedio a la crisis económica y cerrar el paso a la prepotencia del poder militar. Es posible que el presidente Alfonsín y el alfonsinismo estén a punto de concluir su ciclo, pero nada se podrá consolidar en el futuro si no se parte de lo que esta experiencia de gobierno ha representado y, sobre todo, si no se superan las causas que han provocado su deterioro y su crisis.

CARTAS AL DIRECTOR

Los textos destinados a esta sección no deben exceder de 30 líneas mecanografiadas.
Es imprescindible que estén firmados,
y que en ellos quede constancia del domicilio, teléfono y número de DNI o pasaporte de sus autores.
EL PAÍS se reserva el derecho de publicar tales colaboraciones, así como de resumirlas o extractarlas cuando lo considere oportuno.
No se devolverán los originales no solicitados, ni se facilitará información postal o telefónica sobre ellos.

Paz y objeción

Hace un mes aproximadamente se producía en Zaragoza, a raíz del atentado de ETA, una masiva manifestación a favor de la paz. "Zaragoza por la paz", rezaba la pancarta que la encabezaba. No dudamos que toda ciudad española, al igual que Zaragoza, que toda nación, que todo el mundo, estamparía su nombre en esa pancarta: "El mundo por la paz".

Pues bien, a nosotros, que somos objetores de conciencia, que no queremos tener ninguna relación con el estamento militar ni con las armas que éste enseña a utilizar (armas que como todas, en definitiva, disparan, matan y crean violencia), a nosotros, que estamos apostando el doble por la paz, se nos castiga por ello. Vamos a tener que realizar 18 meses de prestación social sustitutoria o se nos meterá de dos a seis años en la cárcel si no aceptamos este castigo. No entendemos esta contradicción. ¿En qué quedamos? ¿Es que es castigable apostar el doble por la paz?

Y que no nos vengan con que si quieres la paz prepárate para la guerra. Si quieres la paz, prepárate para la tolerancia, el amor, la libertad, la igualdad, la solidaridad, y olvídate de la prepotencia, la alienación, el egoísmo, la imposición. Cuando estas últimas se dan es cuando la persona se rebela y crea violencia.— **Arturo Montoya y tres firmas más.** Osorno, Palencia.

Quiero felicitarle por la crítica que el editorial de su periódico del domingo día 17 de enero hizo al reglamento para la prestación social sustitutoria, aprobado por el Consejo de Ministros. El Movimiento Cristianos por la Paz comparte esas opiniones y manifiesta su apoyo al Movimiento de Objeción de Conciencia (MOC) y a cuantos colectivos y asociaciones se unen para hacer desobediencia civil a dicha ley. Con su puesta en práctica el Gobierno intenta que la objeción de conciencia sea un acto puramente testimonial, que no modifique el modelo social. La ley de objeción de conciencia es tan mala y pone tantas trabas, dificultades, castigos y límites a los objetores, que sitúa a éstos en un callejón sin salida.

Con esta ley los objetores tendrán que hacer 18 meses de servicio civil, pero nunca les dejarán ser tantos como para cuestionar el creciente armamentismo y la mitificación del modelo defensivo militarista. La ley de objeción de conciencia no favorece, en absoluto, esa concencia histórica que busca crear una nueva cultura de paz. Y es esto último, precisamente, lo que pretende la objeción de conciencia. Hacer los servicios civiles que la ley propone es aceptar unas premisas que definen la objeción como algo negativo, excepcional y peligroso para la sociedad. En este momento es cerrar la puerta a una posible modificación de la ley (que sí lo sería con una desobediencia civil masiva), y acabar con la posibilidad histórica de abrir una vía igualitaria hacia un

Pasa a la **página siguiente**

JUAN JOSÉ MILLÁS

Una cuestión de lógica

A un conocido mío le coincidió la transición política con un desperfecto en el cuarto de baño, que se tradujo en una mancha de humedad en el piso de su vecina de abajo. Como era hombre civilizado, mandó reparar la gotera a su costa y se compró un tubo de silicona transparente que aplicó con cuidado en las junturas de su bañera y, en general, en todas las rendijas por las que el agua de la ducha podía filtrarse hacia el piso inferior. Cuando terminó esta minuciosa tarea, su mujer se había ido con un antiguo abogado laboralista —repentinamente enriquecido con un negocio de armas—, su hijo le miraba con el gesto de aprensión que se utiliza para observar un alimento en mal estado, y los socialistas ocupaban el poder desde hacía ya algunos años.

Puso la radio, y se enteró de que España había entrado en la OTAN. Salió a la calle, y se encontró con un antiguo compañero que en un momento le enumeró argumentalmente las razones de esta rara decisión. Después de dos copas, y sin venir del todo a cuento, le explicó que el socialismo no consistía en tratar a todos igual, sino en no tratar igual a los que eran desiguales. ¿Seré yo desigual?, se preguntó, inquieto, frente a aquel colega con corbata de seda y mirada centroeuropea.

Compró el periódico, y leyó que un hombre de 28 años había donado su corazón sano para un trasplante, prescindiendo también de sus pulmones —que estaban enfermos—, recibiendo a cambio el corazón y los pulmones de una tercera persona. En la misma página, aunque con un tratamiento tipográfico más modesto, se informaba de que una niña bicéfala nacida en Sevilla había fallecido, no sin antes ser bautizada dos veces, ya que tenía dos cabezas claramente diferenciadas.

El resto del periódico, sin decir nada especialmente llamativo, olía un poco raro, como si se hubiera producido un cambio de lógica durante el tiempo que él había estado aplicando silicona transparente en las junturas de los baldosines de su cuarto de baño.

Prefirió pensar que eran aprensiones suyas, y se dedicó a ganarse la vida con la obcecación de un antiguo militante de izquierdas. Pasaron los meses, y este señor, conocido mío, se reintegró a la vida cotidiana con la ingenuidad que sus amigos habían considerado en él, y hasta el momento, como una virtud. Se compró un vídeo, inició otra relación sentimental y abandonó poco a poco la política, que ya no necesitaba de su concurso ni de sus energías.

Dado a defenderse de las cosas de la vida con la buena fe, procuraba entender y asumir los razonamientos políticos que avalaban los sucesivos cambios de programa en las diversas políticas del Gobierno. Sin embargo, un rumor sordo aleteaba de forma permanente alrededor de su conciencia. Entonces tuvo que visitar por razones de trabajo a un director general —con el que en otro tiempo se había fumado todos los canutos del mundo— y se encontró con un sujeto detrás de una mesa. El sujeto conservaba algunos rasgos de su antiguo compañero, pero hablaba distinto y fumaba puros. Le dijo que en las circunstancias objetivas actuales la actitud conservadora era la más revolucionaria de todas. Acabó la conversación con una frase horrible:

—Además, chico, ¿sabes qué te digo?: que el que no es revolucionario a los 20 no tiene corazón, y el que no es conservador a los 40 no tiene cerebro.

Mi conocido salió de allí sin haber resuelto su problema, pero considerando seriamente la posibilidad de que el mundo hubiera cambiado durante su breve estancia en el cuarto de baño. El sábado de esa misma semana, tomando cerveza con los amigos, alguien le llamó paleomarxista a causa de un juicio benigno sobre la política económica del Gobierno. Intuyó que se trataba de un insulto grave, y advirtió en el silencio de los otros que se encontraba solo frente a aquella supuesta humillación. Durante las semanas siguientes comprobó que él conservaba el hábito de utilizar ideas para relacionarse, mientras que sus amigos, para el mismo menester, manejaban coches de importación, chalés adosados y princesas de porcelana china.

Poco a poco fue perdiendo las relaciones antiguas, que no sustituyó por otras nuevas. Dejó de salir, en parte porque no tenía con quién hacerlo, pero en parte también porque le habían atracado un par de veces y había comenzado a coger miedo a la calle. De todos modos, él consideraba que el suyo era un caso aislado, debido a un tic adquirido antes de encerrarse en el baño, según el cual no se podía admitir la existencia de un alto grado de inseguridad ciudadana por cuanto ello era darle argumentos a la derecha.

Veía mucho la televisión, y asistía perplejo a la difusión de noticias que le escandalizaban, pero su sistema de defensas había comenzado a responder, y redujo sus sucesivos escándalos a la clandestinidad. Un día, por ejemplo, el vicepresidente del Gobierno anunció que el cambio estaba hecho. Mi conocido miró a su alrededor y se preguntó, asustado, si el cambio consistiría en aceptar que el cambio era imposible. Sin embargo, en los programas de debate y en las entrevistas a las que asistían ministros y, en general, representantes del Gobierno o banqueros, todos estaban de acuerdo en afirmar que las cosas iban bien, muy bien. Parecían definitivamente instalados en la buena conciencia, y escuchándolos, uno tenía la impresión de que el país vivía un momento de esplendor inigualable. A continuación, sin embargo, ponían —por ejemplo— un programa sobre la cárcel de Carabanchel, donde se veía a los presos vivir en unas condiciones que a los que gobiernan ahora les habrían parecido inaceptables prácticamente anteayer. Pero la democracia, le explicaron, consiste precisamente en aceptar "la miseria necesaria de tanta gente". De ahí que la democracia sea aburrida.

En esto, un antiguo torturador parecía haber sido ascendido a las más altas responsabilidades policiales, y la prosperidad económica y política del país era tal que apareció en escena un nuevo partido destinado a convertirse en el segundo partido de los españoles: algo así como la segunda residencia o el chalé de los fines de semana. Pero por la televisión pasaban unas escenas de Beirut que mostraban unos paisajes urbanos llenos de rotos y humedades muy semejantes a los que cualquier visitante podría apreciar en algunas zonas de Vallecas.

Mi conocido pensó que se había producido una fisura extraña entre el bien general y los intereses particulares, como si ambos hubieran comenzado a ser incompatibles. Globalmente —a la luz de las estadísticas y de los discursos—, el país parecía estar muy bien; desde un punto de vista personal, sin embargo, era un desastre.

Pero esta breve reflexión no le sirvió de nada, porque estaba hecha desde una lógica que carecía de vigencia. Se sintió expulsado a las tinieblas de la historia, y todo por haber reparado con cierta minuciosidad los desperfectos de su baño. Dentro de la lógica anterior, mi conocido habría gozado de un futuro esplendoroso; de ahí que se preguntara una y otra vez qué podía haber producido un cambio tan repentino de valores, o cómo sus compañeros de viaje habían sido capaces de reproducir en tan poco tiempo lo que tanto decían detestar en los otros.

La respuesta le vino viendo al presidente del Gobierno en la televisión. Corrió a su archivo personal y sacó una foto de Felipe González obtenida poco antes de meterse en el baño. La transformación era increíble. Aquel sujeto de camisa a cuadros y barba cerrada, procedente del Sur, se había sometido a algún raro tratamiento, porque ahora era un rostro perfectamente sueco. Lo de Michael Jackson, al lado de lo del presidente, no era más que una simple operación de cosmética. Todo cambio estético, pensó, implica un cambio de lógica, y habíamos entrado en un proceso estético según cual un preso podía sufrir un "apaleamiento prolongado, generalizado, intenso y técnico", a consecuencias del cual llegaba a fallecer, sin que se produjera un estremecimiento mortal en toda la sociedad; un proceso lógico dentro del cual resultaba coherente que el presidente del Gobierno durmiera en la misma cama y en el mismo yate en el que antaño reposara el dictador; un sistema lógico, en fin, que permitía a los ricos perseguidos por la justicia huir a Brasil sin ningún problema. Se trataba, al parecer, de una lógica inmunda —la de "las cosas son como son"—, pero era la lógica vigente, y fuera de su perímetro de acción sólo existía el caos.

Mi conocido se acercó al espejo, se miró en el reflejo: el mismo peinado ensombreciendo el mismo rostro, idénticos zapatos y camisas a los que utilizaba antes de reparar la gotera: la misma lógica, por tanto. Estaba claro, se había descuidado un momento y había perdido el tren de la historia.

Se dio al alcohol, aunque con cierto método, al objeto de no perder su trabajo, en donde había sido relegado ya a un puesto subalterno en beneficio de un cachorro del Opus. Ahora lleva una temporada encerrado en el cuarto de baño con un tubo de silicona que aplica pacientemente en las grietas de su hígado y en las junturas de su dañado pensamiento. Veremos cuando salga qué ha pasado.

En fin.

CARTAS AL DIRECTOR

Viene de la **página anterior**

servicio civil digno. Una vez puesta en marcha la ley y desarrollados los servicios civiles sería muy difícil, desde dentro o desde fuera, hacer algo para mejorar la situación. Desde esta visión y siguiendo la estrategia no violenta, cuando una ley es injusta se está moralmente obligado a desobedecerla, a no hacerla practicable. Y en eso están los objetores.— **Miguel Ángel Soto Cava.** Madrid.

Embargo de cuentas

Leo en EL PAÍS del pasado día 7 de enero lo siguiente: "El Ayuntamiento de Madrid embargará cuentas por impago de multas a partir de marzo".

No puedo evitar plantearme un interrogante: ¿existe alguna cuenta del Ayuntamiento que yo, con igual facilidad, pueda embargar, como ciudadana, con el fin de recuperar el importe de una multa que aboné, mediante amenaza de embargo y a causa de un error administrativo reconocido posteriormente por la mencionada institución, el día 18 de noviembre de 1986? Las reclamaciones que he efectuado no han obtenido respuesta.— **María Luz Zamora.** Madrid.

La calle, de los perros

Recordará usted que en nuestros años jóvenes muchos hicimos lo que pudimos por que la calle no fuera sólo de cierto señor. Pues bien, hoy día, y en el barrio donde vivimos (La Poveda, de Arganda del Rey) la calle sigue sin ser de todos, y particularmente de los niños. Y esto por obra y gracia de los perros sueltos y sin bozal que campan por ella a todas horas.

Las consecuencias, sin ninguna exageración, son dramáticas: en dos años, tres ataques con mordeduras a hijas nuestras de 7 y 11 años, en uno de los casos con lesiones gravísimas de orden físico, de tal manera que a la niña no le podrán dar el alta médica hasta los 16 años, y ni que decirle las lesiones de tipo psicológico, de las que ni policías ni jueces (no digamos los humanitarios amos de los animalitos) quieren saber nada.

Si recurrimos a las páginas de EL PAÍS para denunciar estos hechos es porque ya anteriormente lo hemos hecho repetidas veces ante la autoridad judicial, sin que en ningún caso haya resultado sanción alguna contra los dueños de los mastines y pastores alemanes (pues de ese tipo de perros se trata), así como ante las autoridades municipales y su policía, de la que no nos consta que haya llamado la atención ni aplicado multa alguna por estos hechos. Nosotros no es que estemos hartos, es que estamos aterrorizados. Nos vamos a trabajar, y las niñas van y vienen andando al colegio, esas bestias domésticas continúan sueltas por las calles, y la gloriosa Policía Municipal de Arganda del Rey se supone que persiguiendo no se sabe qué tipo de *inseguridades* ciudadanas.— **Alicia Adame Muñoz** y **Javier García.** Arganda del Rey, Madrid.

Silva Henríquez

Su eminencia el cardenal Silva Henríquez ha venido a España a recibir el Premio de la Paz de la Asociación de las Naciones Unidas en España. Algunas personas, pensando, tal vez de buena fe, que con ello "pondrán cosas en claro", intentan objetar el aplauso internacional a su labor. Es una actitud que como sacerdote puedo comprender. Naturalmente, no comparto las acusaciones que se hacen al señor cardenal en carta al director del lunes día 18, porque no son exactas y constituyen una interpretación equivocada de hechos dolorosos de la vida política chilena.

Pero lo importante no es discutir hoy sobre lo acaecido hace 15 años. Tampoco se trata de no tener memoria histórica. De lo que se trata es de no permanecer anclado en el pasado, sino de aprender la dura lección de las consecuencias del desencuentro, de la falta de diálogo, de la oposibilidad de consensuar. Hoy como ayer, el cardenal llama a poner, por sobre lo pequeño, la grandeza de una tarea de conciliación de voluntades, de todas las voluntades, para recuperar la libertad y la convivencia democrática en nuestro país. Y el pueblo —que es el que importa— lo comprende y lo comparte. Por eso, en la última concentración masiva de los chilenos para pedir elecciones libres en Santiago, 500.000 personas gritaron al unísono cuando se leyó una carta de Raúl Silva Henríquez: "Raúl, amigo, el pueblo está contigo".— **Carlos Alonso.** Secretario del cardenal Raúl Silva Henríquez. Madrid.